

## Onetti, en el manicomio

Hace poco se publicó la noticia de la detención del escritor uruguayo Onetti, por una razón insólita: formaba parte del jurado que dio el premio a una novela considerada como pornográfica. Escritores de numerosos países—desde luego, de España—enviaron telegramas y cartas interesándose por el escritor. No han recibido respuesta. Parece saberse, ahora, que ha sido llevado a un manicomio. La noticia la da el periodista francés Georges Dupoy («Le Figaro», conservador).

Georges Dupoy ha ido al «cilindro», el estadio municipal de Montevideo convertido en cárcel (la llamada «prisión Libertad», terrible nombre—la de Punta Carretas está llena—, para visitar a Carlos Quijano, director del semanario «Marcha». Carlos Quijano tiene setenta y un años, y su delito aparente fue el de haber publicado la novela premiada, de Winston Nelson, también detenido como los miembros del jurado. Fue Carlos Quijano quien pidió a Dupoy que se interesase por el paradero de Onetti: el escritor—sesenta y un años—había «sufrido una depresión nerviosa» y, según los guardianes, se le trasladó a un manicomio. Un manicomio en el que no se admiten visitantes.

El equipo de «Marcha» ha pasado ya por el juez de instrucción, el cual, al parecer, ha dispuesto la libertad de todos por no encontrar indicios de delito. Pero una «orden superior» ha impedido esa libertad. La novela acusada de pornográfica relata la vida de un policía secuestrado y luego fusilado por los Tupamaros, y el autor supone que hay una «toma de conciencia» en el policía a través de las conversaciones con los que serán sus ejecutores. El lenguaje es efectivamente crudo; el relato, lleno de violencia: se asegura que Onetti, al darle el voto, dijo que, de todas formas, deploraba esos excesos verbales. Hay que advertir que las acusaciones contra la novela, su autor, el periódico que la publicó y el jurado que la premió no son políticas, sino solamente morales. Un subterfugio, evidentemente. En Montevideo se cree que la novela está escrita con clave, y que el personaje real es el inspector de policía Héctor Morán Chaqueros, muerto por los Tupamaros el 13 de abril de 1970: de sus conversaciones con sus carceleros se conservan cintas magnetofónicas.

Según Georges Dupoy, en la «cárcel Libertad», como se ha bautizado al estadio municipal, tienen de 1.000 a 2.000 prisioneros acusados de Tupamaros o de colaboradores con los Tupamaros. La represión comenzó en febrero

de 1973; en junio, el Parlamento intentó alguna protesta acerca de la forma en que se estaba gobernando al país, y fue disuelto. Estalló entonces una huelga general, y la represión se acentuó: fueron disueltos los sindicatos obreros y los partidos políticos, se estableció la censura de prensa y se practicaron unas nuevas detenciones, entre ellas la del general Liber Seregni, que había presidido en las últimas elecciones el Frente Amplio: una coalición de izquierdas que intentaba repetir el movimiento de Unidad Popular de Chile, pero que obtuvo escasos votos en las elecciones de las que salió elegido el actual Presidente, Bordaberry (Seregni mantuvo siempre que las elecciones



no habían sido libres y que los resultados no podían considerarse válidos). Los guerrilleros habían mantenido una tregua para las elecciones, con la esperanza de que la «vía pacífica» pudiera alterar las condiciones del poder. Inmediatamente después de los resultados, volvieron a sus acciones violentas. Pero, sin duda, la tregua les había debilitado, o había permitido la infiltración de sus enemigos: los Tupamaros, que tenían fama de infalibles, fueron poco a poco derrotados, y la represión pudo acentuarse.

La terrible aventura de Onetti—cuyos libros están publicados en España, y que recientemente estuvo aquí: habló en el Instituto de Cultura Hispánica y ante las cámaras de la televisión—ha conmovido mucho menos al mundo que la de Soljenitsin. Sin embargo, el escritor de lengua castellana está en auténtico peligro de muerte.

## Los CoNteM poRa nEoS

### VIVIR PARA NO VER

Miro continuamente hacia el cielo: no veo un "ovni". Fijo la vista en las esquinas: no veo un "streaker". Observo incesantemente la política nacional: no veo ningún cambio. Puedo pensar que se trata de un defecto psicológico mío. O físico. En una

obra de teatro de Marcel Aymé—"Clerambard"—se produce un milagro en escena: la aparición de San Francisco. Todos los personajes—y el público—lo ven, excepto uno: el cura. El milagro le había sorprendido sin sus gafas, y no podía verlo. Yo he debido olvidar mis gafas en otra época, o quizá en un país extranjero. Leo que pasan cosas, pero no las veo.

Sobre la desgracia de no ver—"No hay prenda como la vista", clamaban los mendigos ciegos que se sentaban en las esquinas, antes de que la contaminación a c a b a s e con ellos—tengo la de no creer lo que no soy capaz de ver. Por eso tiendo a creer que debe haber un misterioso circuito cerrado entre los periódicos, la televisión, los políticos y los andaluces perseguidos por "ovnis", que, con su jerga—y su juerga—puramente particulares están viviendo una divertida vida y se creen que lo que pasa entre ellos es lo que pasa en el país. "El país de papel", tituló hace muchos años—¿medio siglo?—uno de sus libros Wenceslao Fernández Flórez. "El parlamento de papel", se dice ahora. También W. F. F. tenía un problema de visión. Veía la vida nacional como no la veían los demás. Por eso escribió "Visiones de neutras-tenia", "Las gafas del diablo"... Le ocurrió una aventura insólita: escribiendo libros de una izquierda típica—"Relato inmoral", "El secreto de Barba Azul", "Los que no fuimos a la guerra"—, fue considerado siempre

como un escritor de derechas. Incluso por él mismo. Recuerdo que un día, despidiéndonos en la puerta de su piso de la calle de Alberto Aguilera, de Madrid, me dijo: "Ahora que han ganado los míos, yo ya no puedo escribir lo mío..."

En esta cuestión de izquierdas y derechas también se han perdido bastantes gafas. Hay una óptica engañosa, un "trompe l'oeil", que dicen los franceses. Un error de paralaje. Uno mismo no acierta a saber donde está. Yo mismo me he considerado durante mucho tiempo como bastante ajeno a la derecha. Grave error, cuando me dicen, o creo leer en las claves y alusiones crípticas de los periodistas del circuito cerrado, que Girón y Pinilla van a representar la izquierda en las asociaciones nacionales que dicen que se preparan, pienso que yo, sin ninguna duda, soy un hombre de derechas, o hasta de extrema derecha. Es un peronismo del que me siento completamente alejado.

¿Debo continuar buscando mis gafas? "Más vale no verlo", es un coloquialismo popular español. Que tiene su expresión culta en el poema que Antonio Machado dedicó a su propio busto esculpido por Barral, a sus ojos: "... que yo quisiera tener/ como están en tu escultura,/ clavados en tierra dura,/ en piedra, para no ver..."

¿Vivir para ver? No, vivir para no ver. Yo no consigo ver los "ovnis" que ven en Andalucía, y sólo si lo sueño, si cierro los ojos, consigo ver a una joven gordita—un lujo redondo—haciendo "streaking" por la plaza del Conde del Valle de Suchil.

Y no soy capaz de ver los cambios que me cuenta y que leo, en la política nacional. Un desastre. ■

POZUELO